

# La estrategia de la Administración Obama en Asia

Brahma Chellaney

Profesor en el Center for Policy Research de Nueva Delhi<sup>1</sup>

## Síntesis

El presente artículo analiza el escenario de seguridad asiático desde la perspectiva de los Estados Unidos, una estrategia aún por tomar una forma definitiva, pero que se estructura casi en su totalidad entorno a la emergencia de China y sus efectos sobre la estabilidad de la región, una estabilidad que es el *leitmotiv* que rige la política asiática de Washington. Así, se dibuja un escenario incierto, en el que los conflictos violentos entre estados del s. XX siguen aún abiertos y están a instancias del nacionalismo pujante, principalmente, de India, China y Japón. Como muestra de una óptica muy viva hoy en la India, el autor manifiesta sus dudas en cuanto a la emergencia pacífica de China, desacreditada en su opinión por una creciente firmeza en las disputas internacionales y frente a la que los EEUU inicialmente pareció plegarse, rebajando el nivel de sus exigencias en materia de Derechos Humanos (por ejemplo, en cuanto a Tíbet) y dando la máxima prioridad al diálogo bilateral, en una actitud que el autor sitúa en una larga tradición de tolerancia hacia China por parte de los presidentes norteamericanos. Sin embargo, apunta el autor, la estrategia de la administración Obama podría haber dado un giro en la segunda mitad de 2010, para buscar desde entonces un reforzamiento de las viejas alianzas y lograr de nuevas (especialmente en el Sudeste Asiático), con miras a contrapesar el potencial del poder chino. Es por ello que de las garantías de seguridad que Estados Unidos ofrezca a sus aliados y socios, y su disposición a estar a su lado a la hora de la verdad, determinarán la fortaleza y la envergadura a largo plazo de su sistema de alianza de seguridad en Asia.

## Introducción

Con el desplazamiento hacia el Este del poder y la influencia mundiales, los principales actores del escenario internacional están definiendo los nuevos papeles que van a desempeñar en Asia, un enorme continente cuyo peso en las relaciones internacionales empieza a estar, en algunos sentidos, a la altura del que tuvo Europa en los siglos XVIII y XIX.

La búsqueda de nuevas relaciones y ecuaciones por parte de estas potencias ha preparado el escenario para una mayor cooperación y competencia. Es probable que Asia, que alberga a más de la mitad de la población mundial, configure el futuro rumbo de la globalización. De hecho, acumula las economías más pujantes en el mundo, el gasto militar de mayor crecimiento, la más feroz competencia por los recursos y los puntos más candentes de la geopolítica actual: Asia tiene en sus manos la llave del futuro orden mundial.

Asia ha recorrido un largo camino desde los tiempos en que se produjo la división de las dos Coreas, las dos Chinas, los dos Vietnam y la partición de India. Ha experimentado un auge radical como principal acreedor y como locomotora económica. En efecto, los actuales cambios en el poder mundial están principalmente asociados al espectacular auge económico de Asia, cuya velocidad y escala no tienen precedentes en la historia. En un libro publicado en 1968, *Asian Drama: An Inquiry Into the Poverty of Nations*, el economista y premio Nobel sueco Gunnar Myrdal, se lamentaba de cómo pesaban sobre Asia el empobrecimiento, las presiones demográficas y las limitaciones de recursos. Esto nos puede dar la medida de la pujanza del continente; el relato de la pobreza endémica de Asia se ha convertido hoy en la crónica de su prosperidad.

Sin embargo, Asia se enfrenta aún a importantes retos. Tiene que hacer frente a enconadas disputas territoriales y marítimas, a legados históricos perniciosos que pesan sobre el conjunto de las relaciones entre los principales estados de Asia, a una competencia cada vez más intensa por los escasos recursos —en particular la energía y el agua—, al aumento de las capacidades militares de determinados actores asiáticos importantes, así como a un nacionalismo cada vez más ferviente, que va en paralelo al auge del extremismo religioso. Sin embargo, es a través del comercio, la inversión, la tecnología y el turismo, que la interdependencia de Asia está creciendo. El renacimiento económico ha sido acompañado de un mayor reconocimiento internacional del “poder blando” de Asia, simbolizado por sus artes, su moda y su cocina. Pero, si bien Asia está empezando a despuntar en términos

**“Mientras que las sangrientas guerras de la primera mitad del siglo XX han hecho (...) inconcebible un conflicto bélico en Europa, las guerras libradas en Asia en la segunda mitad del siglo XX no resolvieron los problemas y solo han servido para exacerbar enconadas rivalidades.”**

económicos, no puede decirse lo mismo en el plano político, y podría apuntarse incluso que, al aumentar la brecha entre lo político y lo económico, la división política de Asia se está acentuando. En determinados aspectos, el auge de China ha contribuido a una mayor división de Asia.

Para complicar las cosas, en Asia no existe ni una arquitectura de seguridad ni un marco estructural para la seguridad regional. Los mecanismos regionales de consulta siguen siendo poco sólidos. Persisten diferencias respecto a si una comunidad o arquitectura de seguridad debería abarcar al conjunto de Asia o limitarse simplemente a un constructo regional mal definido, el “Este de Asia”. Estados Unidos, India, Japón, Vietnam y algunos otros países se inclinan por tratar al continente asiático como una única entidad, mientras que China pretende un orden independiente para “el Este de Asia”.

Es importante señalar que, mientras que las sangrientas guerras de la primera mitad del siglo XX han hecho que actualmente sea inconcebible un conflicto bélico en Europa, las guerras libradas en Asia en la segunda mitad del siglo XX no resolvieron los problemas y solo han servido para exacerbar enconadas rivalidades. Desde 1950, año en que empezaron la Guerra de Corea y la anexión del Tíbet, se han librado diversas guerras entre estados asiáticos, que, lejos de resolver o poner fin a las disputas, las han mantenido vivas.

## La llegada de Obama

El presidente de Estados Unidos, Barack Obama, asumió el cargo en un momento en el que ya se estaba produciendo la reordenación cualitativa del poder en la región de Asia-Pacífico, registrándose cambios estructurales que suponían un desafío a la estabilidad estratégica. El impacto de los cambios que todavía se están produciendo en la política exterior de Estados Unidos se ve reforzado por los retos propios, cada vez más importantes, a los que se enfrenta Estados Unidos, incluyendo las dificultades económicas y una inestable guerra en Afganistán, lo que podría explicar porqué la Administración Obama ha tardado en desarrollar una política asiática clara. Con el antecesor de Obama, George W. Bush, la política asiática de Estados Unidos se guiaba por un marco geopolítico global.

Por el contrario, la política asiática de Obama durante el primer año y medio de su mandato se presentaba fragmentada a falta de un programa estratégico claro. El equipo de Obama desarrolló rápidamente un enfoque político para

cada uno de los principales problemas y subregiones de Asia, pero sin diseñar una estrategia global sobre cómo fomentar un equilibrio de poder duradero en Asia, eje del cambio geopolítico mundial.

China, India y Japón, las tres principales potencias económicas asiáticas, constituyen un triángulo estratégico único. Poco después de tomar posesión de su cargo, Obama de-

**“Durante el primer año y medio de su mandato (...) el equipo de Obama desarrolló un enfoque político para cada uno de los principales problemas y subregiones de Asia, sin diseñar una estrategia global para fomentar un equilibrio de poder duradero en Asia, eje del cambio geopolítico mundial.”**

claró que, para Estados Unidos, la “relación bilateral más importante en el mundo” era la mantenida con China, hasta el punto de relegar los derechos humanos para hacer hincapié en cuestiones de seguridad, financieras y comerciales con Beijing. De hecho, su Administra-

ción se ha aplicado en intentar cortejar a China. El eslogan acuñado por el secretario de Estado adjunto James Steinberg en relación con China, “tranquilidad estratégica”, es un indicio de la intención de Estados Unidos de mostrarse más complaciente con las ambiciones de China –un mensaje anteriormente reforzado por la secretaria de Estado Hillary Clinton cuando hizo todo lo posible por restar importancia a los derechos humanos en la política de Estados Unidos hacia China durante una visita a Beijing–.

Pero Obama tardó en dar forma a una política bien definida hacia Japón o India. Mientras que, con Obama, un estrecho marco político sigue guiando las relaciones de Estados Unidos con Japón, Washington todavía mira a India a través del prisma Afganistán-Pakistán (“Af-Pak”), lo que se traduce en un nuevo enfoque norteamericano respecto al compromiso India-Pakistán, la resurrección del problema de Cachemira y la preocupación por la contrainsurgencia en la región “Af-Pak”, con implicaciones para la seguridad interior de Estados Unidos. Esta posición contrasta radicalmente con la de Bush que, en su discurso de despedida, declaró: “Hemos abierto una nueva alianza histórica y estratégica con India”.

La elección de embajadores de Obama es muy elocuente en este sentido. Mientras que Obama designó a John Huntsman –el gobernador del estado de Utah y nueva estrella republicana, considerado incluso un potencial rival del presidente en 2012– como embajador en China, el líder demócrata eligió al poco conocido excongresista Timothy Roemer como enviado a India y a un abogado de perfil bajo especializado en Internet y biotecnología, John Roos, como embajador en Japón. Obama subrayó la centralidad de China en su política exterior anunciando personalmente la elección de Huntsman. En cambio, Roemer y Roos fueron incluidos entre un montón de embajadores nombrados en una nota de prensa oficial.

A Estados Unidos, claro está, no le faltan motivos para profundizar en la relación con China en un momento en el que su dependencia de Beijing a la hora de financiar la deuda estadounidense ha aumentado. Del mismo modo que Estados Unidos y la Unión Soviética llegaron al punto de una relación política marcada por la Destrucción Mutua Asegurada (MAD, por sus siglas en inglés), Estados Unidos y China están ahora atrapados en una MAD, pero en el plano económico. Ambos países están tan vinculados en una relación de dependencia mutua para su bienestar económico en la que cualquier intento de romper dichos vínculos equivaldría a una destrucción mutua asegurada en términos financieros. Del mismo modo que una economía estadounidense asediada no puede prescindir de los flujos de capital procedentes de China, el mercado de Estados Unidos es la cuerda de salvamento del gigante exportador chino.

De ser aliados de conveniencia en la segunda mitad de la Guerra Fría, Estados Unidos y China se presentan ahora como aliados unidos por tal relación de interdependencia que los historiadores económicos Niall Ferguson y Moritz Schularick han acuñado el término “Chimérica”, una fusión que emula a la menos convincente “Chindia”. Un artículo publicado en la revista china *Liaowang* describía esa misma relación como de “compleja interdependencia” en la que Estados Unidos y China “compiten y se tienen en consideración” mutuamente. Pero la expansión del papel naval y de las reivindicaciones marítimas de China amenaza con colisionar con los intereses de Estados Unidos, incluyendo la tradicional insistencia de Washington en la libertad jurisdiccional de los mares. Las relaciones económicas entre Estados Unidos y China también siguen siendo incómodas: Estados Unidos no ahorra suficiente y toma prestado demasiado de China, mientras que Beijing vende demasiado a Estados Unidos y no compra suficiente.

La política de Obama en Asia, sin embargo, empezó a cambiar en la segunda mitad de 2010 en respuesta a las acciones cada vez más enérgicas de China. Con un gasto de Defensa que ha crecido casi dos veces más que su PIB, Beijing ha empezado a actuar sin contemplaciones, con la seguridad de haber desarrollado suficiente músculo. Sintiendo más poderosa, China está envalentonada y dispuesta a mostrarse dura en política exterior. Varios acontecimientos en 2010 ilustran bien esta postura, como por ejemplo la inclusión por parte de China del mar de China meridional entre sus intereses nacionales “centrales” –al mismo nivel que Taiwan y el Tíbet–, una acción que hace que sus reivindicaciones sobre las disputadas islas Spratly se

conviertan en un asunto innegociable, o también, su reacción belicosa ante las maniobras conjuntas antisubmarino de Corea del Sur y Estados Unidos, desarrolladas frente a las costas de la península de Corea.

China también ha sacado a relucir públicamente la cuestión de Arunachal Pradesh, el Estado del nordeste de India que Beijing denomina “Tíbet del sur” y reivindica en gran medida como propio. No en vano, representantes del ejército indio han informado de un aumento del número de incursiones militares chinas a lo largo de los 4.057 kilómetros de la frontera himalaya en los últimos años. Beijing ha subrayado el hecho de que el Tíbet sigue siendo la clave de la brecha que separa a India y China, al reivindicar nuevos territorios indios sobre la base de sus supuestos vínculos monásticos/tutelares con los tibetanos, en lugar de apelar a una conexión con los han.

Pero nada suscitó tanta inquietud y alarma internacional como la desproporcionada respuesta de Beijing a la breve detención por parte de Japón del capitán de un pesquero chino, el mes de septiembre de 2010. Mientras que la posición del primer ministro japonés Naoto Kan sufrió un revés en su país por su sumisa capitulación ante las presiones coercitivas chinas, el verdadero perdedor fue China. La

**“Del mismo modo que Estados Unidos y la Unión Soviética llegaron al punto de (...) la Destrucción Mutua Asegurada (MAD), Estados Unidos y China están ahora atrapados en una MAD, pero en el plano económico. (...) Cualquier intento de romper vínculos equivaldría a una destrucción mutua asegurada en términos financieros.”**

pasividad de Japón ante la beligerancia china contribuyó a amplificar la reacción histórica y amenazante de Beijing. A lo largo del proceso, China no solo debilitó sus intereses internacionales, presentándose como un “matón”, sino que también dio un anticipo de las cartas que probablemente pon-

drá en juego la próxima vez que se produzca una crisis diplomática o militar, que abarcan desde emplear su peso comercial para infligir daños en el funcionamiento de la economía hasta sacar partido de su monopolio sobre la producción de un recurso mineral vital: las tierras raras, ricas en minerales imprescindibles para el desarrollo industrial y tecnológico actual.

Haciendo uso de la guerra económica, incluso ante una insignificante provocación, China ha dado un aviso anticipado a otras potencias del sistema internacional, a fin de que busquen cómo compensar la influencia de China, con la prioridad de evitar cualquier dependencia comercial y reducir su dependencia de las importaciones de tierras raras chinas. Otra secuela más tangible, ha sido que China está ya siendo objeto de una mayor presión internacional para que respete las reglas del juego, en una serie de cuestiones en las que el país contaba con una ventaja desleal: desde mantener su moneda considerablemente depreciada, hasta

una política de subsidios públicos que ha ayudado a sus empresas a granjearse importantes contratos en el extranjero.

Ante el riesgo de que su estrategia china se venga abajo, Obama ha empezado ahora a hacer exactamente lo que intentó su antecesor, esto es, reunir aliados. Su viaje a Asia a finales de 2010 ilustra perfectamente esta política. El hecho mismo de que, en esa gira, Obama eligiera visitar las cuatro principales democracias asiáticas –India, Japón, Indonesia y Corea del Sur– fue significativo. Al fin y al cabo, el simbolismo de una gira limitada a las principales democracias de Asia no podía pasar desapercibido para Beijing en un momento en el que la firmeza de China respecto a los tipos de cambio y los problemas comerciales y de seguridad ha trastocado los cálculos de Estados Unidos.

### Problemas de mayor alcance

No es probable que el objetivo estratégico fundamental de EEUU en Asia cambie en un futuro previsible; un objetivo que permanece inalterado desde 1898, cuando Estados Unidos tomó Filipinas como botín de la guerra naval con España: el de mantener el equilibrio de poder. Tampoco es probable que la política asiática de Estados Unidos deje de estar centrada en la seguridad. Estados Unidos ha sido, y seguirá siendo, el principal actor en materia de seguridad en Asia, lo que le llevará a desarrollar y mantener lazos y acuerdos estratégicos con más estados asiáticos que ningún otro actor.

Esta realidad hace que la política de Estados Unidos hacia China sea clave en la configuración a mayor escala del panorama geopolítico en Asia. Habida cuenta de que, en gran medida, la seguridad de Asia, seguirá sujeta a las alianzas y los acuerdos de defensa que ha configurado Estados Unidos, la culminación natural es que el modo en que Washington aborde el auge de una China enérgica influirá tanto en el panorama de seguridad en Asia como en la viabilidad a largo plazo de dichas alianzas y dichos acuerdos. Durante el siglo pasado, o al menos desde el ataque de Pearl Harbor en 1941 (provocado, al menos en parte, por el embargo petrolero de EEUU, Gran Bretaña y los Países Bajos contra Japón), Estados Unidos ha dejado claro que su seguridad interna empieza, no frente a las costas de California, sino en la orilla occidental del océano Pacífico e incluso más allá. Esta convicción sirve para explicar, aunque solo sea en parte, una larga lista de *porqués*:

por qué el ejército de Estados Unidos luchó en Corea y en Vietnam; por qué firmó el Tratado de Seguridad entre Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos (ANZUS); por qué los tratados de seguridad de Estados Unidos con Japón y Corea del Sur siguen siendo cruciales para el despliegue militar estadounidense en el escenario asiático; por qué ha establecido un compromiso con Taiwan en materia de seguridad; y

por qué ha forjado nuevas relaciones estratégicas con varios países del Sudeste Asiático y con India.

En su determinación a seguir siendo el puntal de Asia en materia de seguridad, reside el objetivo estadounidense de seguir manteniendo el equilibrio

de poder en la región, un objetivo que domina su política asiática. Durante la primera parte de la Guerra Fría, Estados Unidos optó por mantener el equilibrio mediante la forja de alianzas de seguridad con Japón y Corea del Sur y manteniendo bases desplegadas en Asia. Cuando la Guerra Fría entró ya en su segunda fase, caracterizada por la “diplomacia de ping-pong” y que llevó al histórico apretón de manos entre Richard Nixon y Mao Zedong en 1972, de nuevo Washington persiguió una “apertura” concebida para reforzar el equilibrio, utilizando a una China más firme y con capacidades nucleares para contrapesar el poder soviético en la región de Asia-Pacífico. En la actualidad, Estados Unidos no querría ver un único Estado dominando el continente asiático o cualquiera de sus regiones. Como parte de su estrategia de cercar a China Estados Unidos está reforzando sus relaciones militares existentes y haciendo nuevos aliados o socios, sumando estados que puedan servir potencialmente como puntos de equilibrio en Asia. China también juega a la política del equilibrio de poder en Asia, pero su juego pretende fundamentalmente mantener a sus rivales asiáticos contenidos a escala regional.

Otro aspecto importante del rol de Estados Unidos en Asia es una larga tradición de la política estadounidense amistosa hacia China, que se remonta al siglo XIX. Ya en 1905 el presidente de Estados Unidos Theodore Roosevelt, anfitrión de la conferencia de paz entre Japón-Rusia celebrada en Portsmouth (New Hampshire), abogó por la devolución de Manchuria a China y por mantener el equilibrio de poder en el Este de Asia. De hecho, la guerra ruso-japonesa llevó a Estados Unidos a participar activamente en los asuntos de China. Más recientemente, la política de Estados Unidos ha contribuido a la integración y al ascenso de la China comunista, que, en realidad, empezó su recorrido siendo un “Estado paria” a escala internacional. En efecto, en las últimas cuatro décadas ha habido una sucesión de presidentes de Estados Unidos con una actitud amistosa hacia

“La desproporcionada respuesta de Beijing a la breve detención por parte de Japón del capitán de un pesquero chino (...) no solo debilitó sus intereses internacionales (...) sino que también dio un anticipo de las cartas que probablemente pondrá en juego [llegada] la próxima (...) crisis diplomática o militar”

China, un período significativo que ha coincidido con una apuesta de China por salir de su largo aislamiento internacional y emprender su posterior ascenso.

El auge de China, de hecho, debe mucho a una decisión que Estados Unidos tomó en 1989. La caída del muro de Berlín no fue el único acontecimiento determinante de de aquel año; la masacre de manifestantes prodemocráticos en la Plaza de Tiananmen de Beijing también fue un hecho determinante. Si no hubiera sido por el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos y sus aliados no habrían dejado que China saliera del atolladero de esa matanza. Sin embargo, el final de la Guerra Fría facilitó el enfoque pragmático de Estados Unidos de rehuir las sanciones comerciales y contribuir a que China se integrara en instituciones mundiales mediante la influencia liberalizadora del comercio y la inversión extranjera. Lo acertado de la opción puede apreciarse en contraste con el nefasto impacto de la decisión en sentido opuesto, tomada por Estados Unidos en relación con Birmania (actual Myanmar) también a finales de los años ochenta, que llevó a la penalización y a la adopción de sanciones. Si los actores internacionales se hubieran comportado con China del mismo modo que con Birmania, el resultado habría sido, hoy en día, una China menos próspera, menos abierta y potencialmente desestabilizadora.

Por consiguiente, el espectacular éxito económico de China, ilustrado por su emergencia como país con el mayor superávit comercial del mundo y las mayores reservas de divisas extranjeras, le debe mucho a la decisión de Estados Unidos de no mantener las sanciones comerciales. Se permitió que las limitadas sanciones de estados impuestas tras Tiananmen fueran desapareciendo ya en 1992. Sin la expansión de las relaciones comerciales y financieras entre Estados Unidos y China desde entonces, el crecimiento de China habría sido mucho más difícil.

Cabe esperar que las relaciones Estados Unidos-China, ya apuntaladas por sólidos lazos económicos y cuatro décadas de cooperación política en una serie de cuestiones regionales y globales, adquiera una base más amplia y más profunda. De hecho, la relación mutuamente interdependiente con China sugiere que es improbable que Estados Unidos pretenda competir o enfrentarse abiertamente con Beijing. Es suficientemente elocuente que, incluso en la cuestión de la democracia, Estados Unidos prefiera dar lecciones a otras dictaduras que a la mayor y más antigua autocracia del mundo, China.

Aun así, también es cierto que Estados Unidos observa con inquietud el objetivo no demasiado oculto de China de

dominar Asia, un objetivo que es contrario a los intereses de Estados Unidos en materia comercial y de seguridad y también al citado objetivo de mantener el equilibrio de poder en Asia. Para impedir dicho dominio Estados Unidos ya ha empezado a desarrollar influencias compensatorias potenciales, sin hacer ningún intento frontal por contener a China. También es cierto que Estados Unidos comparte importantes intereses con China, entre los que se incluyen preservar la paz en la península de Corea, mantener el flujo de suministros de petróleo desde el golfo Pérsico, apoyar a Pakistán y buscar la estabilidad estratégica en el Pacífico. En los temas en los que convergen sus intereses, cabe esperar que Estados

Unidos siga colaborando estrechamente con China.

Para Estados Unidos, el creciente poder de China contribuye en realidad a validar el despliegue militar norteamericano

en el escenario asiático, a mantener a los aliados existentes en Asia y a lograr nuevos socios estratégicos. En efecto, una China cada vez más asertiva ha sido de gran ayuda para que Washington reforzara y ampliara los acuerdos diplomáticos y de seguridad en Asia. Corea del Sur ha estrechado la alianza militar entre ambos, Japón ha dado marcha atrás en su pretensión de que EEUU retirara su base naval de Okinawa e India, Vietnam, Indonesia y Filipinas, entre otros, se han acercado a Washington. Pero el factor China solo seguirá siendo útil mientras los socios de Estados Unidos sigan considerando que es un garante creíble de la estabilidad y la seguridad, algo que depende, no de la fuerza militar, sino de la voluntad política de Washington.

En este contexto, Obama ha intentado reforzar los lazos de Estados Unidos con socios estratégicos antiguos y nuevos en Asia, pretendiendo simultáneamente un compromiso más profundo con China. Esta postura quedó ilustrada por el esfuerzo de la Administración Obama para asegurar el éxito de la visita del presidente chino Hu Jintao a Estados Unidos a principios de 2011. Dicha visita fue notable, y no solamente porque Hu admitiera a regañadientes que su país deja mucho que desear en materia de derechos humanos (algo a lo que los medios de comunicación bajo control del Estado chino dieron la vuelta para formular que “todavía queda mucho por hacer en China en términos de derechos humanos”). La visita fue notable más bien por el modo en que Obama cedió en la rueda de prensa conjunta con Hu para, virtualmente, racionalizar los abusos de China contra los derechos humanos. Contestando a una pregunta para que explicara “cómo puede Estados Unidos ser tan aliado de un país conocido por tratar tan mal a su pueblo [y] por hacer uso de la censura y la fuerza para reprimir a su pueblo”, Obama replicó que “China tiene un sistema político diferente del nuestro”, que “China está en una fase de

“Si los actores internacionales se hubieran comportado con China del mismo modo que con Birmania, el resultado habría sido, hoy en día, una China menos próspera, menos abierta y potencialmente desestabilizadora.”

desarrollo diferente de la nuestra”, y que “en los últimos 30 años se ha producido una evolución en China” y “confío en que dentro de 30 años habremos visto una mayor evolución y más cambios”. Dejó claro que las diferencias respecto a “la universalidad de determinados derechos” no serán un obstáculo a unas mejores relaciones con China porque “los derechos humanos también son que la gente pueda ganarse la vida y tener suficiente para comer, una vivienda y electricidad”.

Otra cuestión que influye en los futuros escenarios de seguridad en Asia es si la política de Estados Unidos hacia Japón cambiará con las nuevas circunstancias geopolíticas en el Este de Asia. Sin introducir una sola enmienda, Japón lleva más de seis décadas viviendo con una Constitución impuesta por EEUU, un periodo durante el cual la Constitución de India se ha modificado 114 veces. Japón es la única democracia del Este de Asia capaz de equilibrar el poder emergente de China. Beijing debe de preferir claramente un Japón dependiente de Estados Unidos en materia de seguridad a un Japón capaz de desempeñar un papel más independiente. Sin embargo, el sistema erigido por Estados Unidos a partir de 1945 es hoy más adecuado para mantener a Japón como protectorado de Estados Unidos que para permitir que el país nipón pueda ayudar eficazmente al citado objetivo político central de Estados Unidos en la región de Asia-Pacífico: mantener un equilibrio de poder estable. En este sentido, un enfoque de la política estadounidense que anime sutilmente a Tokio a romper con su excesiva dependencia de Estados Unidos y a hacer más por su propia defensa puede ayudar a Japón a configurar, para sí mismo, un nuevo futuro estratégico que contribuya directamente al equilibrio de poder en Asia.

La perspectiva de que Estados Unidos pueda verse obligado a reducir sus activos en Asia refuerza la necesidad de tal cambio político. Estados Unidos se enfrenta a una necesidad apremiante de renovación interna exhaustiva para detener la erosión de su poder relativo y recortar su enorme déficit. Este imperativo podría llevarle a reducir su presencia militar permanente en la región de Asia-Pacífico.

En realidad, Estados Unidos no necesita los enormes y amplios activos en tierra que actualmente mantiene en Asia, ya que durante la administración Bush, EEUU aprovechó para aumentar su presencia militar en el continente, en el contexto de guerra contra el terrorismo.

Además, Estados Unidos puede impulsar más eficazmente sus objetivos de equilibrio si logra mantenerse como un

actor exterior. La clave para reducir significativamente el gasto de defensa y mantener al mismo tiempo una estrategia robusta en Asia-Pacífico requiere de cambios fundamentales en la actual geometría de relaciones, conocida como de *hub-and-spokes* (“radios en torno a un centro”) propio de la Guerra Fría y que le supone un despilfarro económico.

Otra cuestión importante es la política de Estados Unidos en el Tíbet. Aunque hace tiempo que Estados Unidos dejó de ocuparse del Tíbet (un tema que hoy tan solo emerge a raíz de las reuniones presidenciales con el Dalái Lama), el futuro del Tíbet se ha convertido en un problema que va más allá de la seguridad interna de China y que tiene profundas implicaciones sobre los intereses medioambientales de gran parte de Asia. El altiplano tibetano es un barómetro de las condiciones climáticas en Asia Central, Asia Meridional y Sudeste Asiático, así como en China continental. La degra-

**“China ha vuelto la vista hacia las copiosas reservas hidráulicas del Tíbet (...) y pretende llevar a cabo proyectos masivos de trasvase entre cuencas y entre ríos. Estos proyectos que afectan a ríos internacionales abrevan el germen de potenciales conflictos entre estados.”**

dación de sus ecosistemas naturales, así como el deshielo acelerado de sus glaciares, el deterioro de las aguas y la erosión del suelo, tienen importantes implicaciones para las naciones asiáticas que dependen de los ríos que fluyen desde el altiplano tibetano. La mayo-

ría de los grandes ríos de Asia nacen en esa zona. Al agravarse los problemas de las aguas en las planicies del norte debido a una agricultura intensiva insostenible en términos medioambientales, China ha vuelto la vista hacia las copiosas reservas hidráulicas del Tíbet, que ha desmembrado en términos cartográficos. Pretende llevar a cabo proyectos masivos de trasvase entre cuencas y entre ríos que afectan a ríos internacionales y abrevan el germen de potenciales conflictos entre estados.

De hecho, el Departamento de Estado de Estados Unidos elevó acertadamente el asunto del agua al nivel de “preocupación central de la política exterior de Estados Unidos”. Y parece interesado en desempeñar un papel constructivo en los conflictos entre China y sus vecinos en relación con el agua. Sin embargo, en el ámbito de los derechos humanos en Tíbet, Estados Unidos aplica ahora un enfoque de “no preguntar, no decir” frente a Beijing. Cuando Obama finalmente se reunió con el Dalái Lama, en febrero de 2010, se le dio al encuentro un perfil bajo, buscando limitar al máximo la reacción china. La Casa Blanca declaró que se trataba de una reunión privada –no de una reunión oficial–, celebrada en la Sala de Mapas, donde los presidentes mantienen reuniones privadas, y no en el Despacho Oval.

En ese contexto, surgen dos preguntas: Si Estados Unidos va a seguir mostrándose cauteloso acerca del Tíbet y del Dalái Lama, ¿qué señales está dando a India, país al que se deja



que “pague los platos rotos” del Tíbet? Cabe recordar que India ha acogido al Dalái Lama y es sede de su gobierno en el exilio. Asimismo, si rebajar la cuestión de los derechos humanos se convierte en un rasgo duradero de la política de Estados Unidos hacia China –país que ejecuta cada año a más personas que todo el resto del mundo junto– ¿hasta qué punto será aceptable zurrar a los enclenques del “patio” asiático, los Myanmar y Kirguistán, por su actuación en materia de derechos humanos? Tras años de adhesión a un acuerdo impulsado por las Naciones Unidas para permitir a los refugiados del Tíbet pasar con seguridad a India, Nepal ha empezado ahora –bajo la presión de Beijing– a arrestar a los fugitivos de Tíbet y a entregarlos a las autoridades chinas. Una política estadounidense más consistente en materia de derechos humanos podría salir en defensa de estos desafortunados tibetanos.

Mientras que el papel central de Estados Unidos en Asia está asegurado, la viabilidad a largo plazo de sus acuerdos de seguridad se reduce a una sola palabra: credibilidad. La credibilidad de las garantías de seguridad que Estados Unidos ofrezca a sus aliados y socios, y su disposición a estar a su lado a la hora de la verdad, determinarán la fortaleza y la envergadura a largo plazo de su sistema de alianza de seguridad en Asia. Por su parte, para estar a la altura del creciente papel de Asia en los asuntos mundiales, los estados asiáticos deben aplicar políticas que rompan con la historia y sean pragmáticas, orientadas al crecimiento y con visión de futuro. La sombra cada vez más alargada de China ha reforzado la necesidad de encontrar vías para estabilizar las relaciones entre potencias importantes en Asia y de fomentar enfoques de cooperación para contribuir a hacer frente a enconados problemas de seguridad, energéticos, territoriales e históricos. En lugar de convertirse en escenario de una nueva Guerra Fría, Asia puede trazar el rumbo de un futuro estable para sí misma mediante una seguridad y una prosperidad compartidas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Departamento de Defensa de Estados Unidos, *Military and Security Developments Involving the People's Republic of China 2010*, Informe al Congreso con arreglo a la Ley de autorización a la Defensa Nacional para el año fiscal 2010 (*National Defense Authorization Act for Fiscal Year 2010*). Washington, DC: Oficina del Secretario de Defensa, agosto de 2010.

FERGUSON, Niall. *The War of the World: Twentieth-Century Conflict and the Descent of the West*. New York: Penguin Press, 2006, pp. 43-71.

GUNNAR Myrdal, *Asian Drama: An Inquiry into the Poverty of Nations*. New York: Pantheon, 1968.

LI Ling, *Xizang Zhi Shui Jiu Zhongguo: Da Xi Xian Zai Zao Zhongguo Zhan Lue Nei Mu Xiang Lu* (“Las aguas del Tíbet salvarán China”), en mandarín (Beijing: Zhongguo Chang'an chu ban she, noviembre de 2005), obra patrocinada por el Ministerio de Recursos Hidráulicos.

“Primeras maniobras paracaidistas importantes del Ejército Popular de Liberación en el altiplano tibetano” (en mandarín), *PLA Daily*, 13 de agosto de 2010. Disponible en: <http://www.tianshui.com.cn/news/junshi/2010081310330711550.htm>

U.S. National Intelligence Council, *Global Trends 2025: A Transformed World*. Washington, DC: National Intelligence Council, 20 de noviembre de 2008.

WEIS, Stanley A. “As in the Cold War, the West Could Win in the End”, *International Herald Tribune*, 19 de octubre de 2001.

1. Brahma Chellaney es autor de *Water: Asia's New Battlefield* (Washington, DC: Georgetown University Press, 2011). Su obra anterior, *Asia Juggernaut: The Rise of China, India, and Japan* (New York: Harper Paperback, 2010), estuvo en las listas de los libros más vendidos de varios países.